

DIALOGO INTERRUMPIDO

A mi tío ADELARDO COVARSI.

I

DEDICATORIA

QUISIERA que mi pluma, al describir algunos detalles de esta tierra caliente y adusta, fuera como tus pinceles, y mi imaginación tan rica en colores como tu paleta, para poder pintar el paisaje extremeño. Me agradaría también tener el sentido de captación de la diversidad de luces —desde el alba al ocaso— que ofrecen tus cuadros de sintéticas lejanías. ¡Qué agrado el poder interpretar la silueta de un castillo cuya leyenda bien pintabas! ¡Con qué placer admiro tus encinas—la encina del «Rebellado»—tan corpulentas, con sus ramas como penachos de plumas que coronan la cimera de un fantástico morrión!

¡Con qué placer contemplo la naturaleza muerta—¡tan viva!—de tus cuadros y bodegones! La corpulenta avutarda a espaldas de un cazador encorvado, de músculos de acero y piernas elásticas y tensas. El ciervo abatido a los pies del montero genial o llevado a lomos de una acémila, escoltado por una fantástica cabalgata de monteros montados en caballos que reflejan la gracia de sus movimientos, aunque vengan *aspeados* al regresar de una montería.

Hablaba contigo desde mi pupitre del Ateneo de Madrid cuando la sombra de la Muerte sorprendió mi diálogo, que quedó interrumpido.

El recuerdo de tus cuadros me hicieron pensar en Extremadura y recordar algunos detalles de sus paisajes. Pensé en las nubes, en las nubes extremeñas de la raya portuguesa, en las nubes de tus cuadros y pensé en el campo que contigo pisé tantas veces en las tardes calurosas del verano. Allí te sumías en el paisaje—contemplaba tus apuntes—y tu pupila se anegaba de colores y tu boca dialogaba con sencillos zagales y pastores que luego adornabas en tus cuadros con tradicionales zamarras, con cuernos venatorios y caracolas, con el sombrero de fieltro de ala recogida y tocado de cortada pluma de pavo real. Tus figuras en primer plano tenían la sobriedad y la adustez del viejo campesino extremeño, reflejaban sus caras la filosofía milenaria de los campos extremeños o la sencillez, la bondad y la inocencia de la gente joven de la gañanía.

El campo y el cielo de Extremadura no tenían para ti ningún secreto. En tus cuadros interpretas como nadie el valor cinéptico—el detalle más constante de esta raza—de una tierra y unos hombres castúos de la austera Extremadura. Serás siempre su pintor, el pintor que miró con más cariño sus paisajes—sus colores y sus luces—, sus hombres y hasta sus alimañas: las avutardas que se ocultan en

los resecos cardizales y en las lomas vecinas de la vega del río Guadiana; del jabalí que rompe con fiera por entre las intrincadas manchas de jaras y el ciervo, de fina silueta, que cruza airoso por las lomas quemadas de las dehesas.

Tú eres el pintor de lejanías de la dilatada Extremadura que encerrabas en los lienzos con alarde de composición y complicadas perspectivas.

¡Cómo quisiera ser pintor de estos campos! Pero no, bien sé que yo no puedo pintar tus paisajes embellecidos por tu fina interpretación de artista.

Tú serás el pintor de Extremadura, de paisajes, del cielo y la tierra de la Extremadura de la raya, de la Extremadura portuguesa.

Yo te admiro en tu pintura y quiero dedicar, porque sé que es de tu agrado, este boceto de las nubes extremeñas.

II

LAS NUBES

En Extremadura el paisaje ofrece singulares aspectos; su fisonomía es variada. Extremadura la Alta—vega del Tajo—es más montañosa, con castañares y helechos, se aproxima a las zonas frías de la sierra de Gredos.

Extremadura la Baja—vega del Guadiana—, es más llana, se vierte en tierras portuguesas.

En este último paisaje se observan detalles que impresionan a una primera y rápida ojeada. Surge rematando la cúspide de un picacho de la sierra el desmochado pero airoso castillo, reflejo del espíritu de lucha de una época y de los deseos de afrontar esa pugna; símbolo, también, de una división social primitiva de simples guerreros y nobles señores. A las faldas del castillo se desparraman casas pobres de adobe que constituyen el pueblo, han pasado años y ha nacido una burguesía de artesanos y menestrales que se podían solazar trasegando vinillo de Guareña en un ventorro de las afueras, mientras troteras y danzaderas animaban el cotarro. Bien pudiera asistir al *jolgorio* algún Arcipreste de la época que supiera de versos, catar el vino, cazar la perdiz con el reclamo y apreciar el valor de unas lindas pantorrillas de moza garrida.

En medio del pueblo, cobijándolo con menos altanería que la mole almenada del castillo, está la Iglesia que vela con humildad, pero no tanta que no descubra su estructura de casa fuerte capaz de enfrentarse con el poder seglar.

A veces—y es otro gran motivo del paisaje extremeño—en lo más arriscado de la sierra surge la mole inmensa de un monasterio que deshilvana sus cristianas salmodias por los picachos y hondonadas de los montes. Es tesoro de tradiciones, de leyendas fundacionales, estación de romeros que escriben toda una historia: reyes, almirantes, capitanes insignes cumplen sus promesas y llevan su nombre al otro lado del Atlántico.

Mirando aún más a la tierra descubrimos los espesos encinares en donde la añosa y corpulenta encina, cantada tradicionalmente por los poetas bucólicos de la antigüedad clásica—árbol virgiliano—, simboliza la corpulencia, la firmeza, la sobriedad y el tesón de una raza.

Otras veces tropezamos con el ceniciento olivo, achaparrado, moruno de recuerdos y sombras, retorcido y reseco en apariencia—judío de torvos perfiles—que ofrece su fruto—la tersa y henchida aceituna—el suave aceite que lubrica asperezas. Alterna, alineado en el campo, con los pámpanos sarmentosos de la vid. ¡Qué belleza la geometría gris de un olivar de tonos plateados!

Aparece otras veces el severo alcornocal, despojado de su corcho, que nos muestra sus desnudos troncos como cuerpos penitentes deshollados en meditado martirio.

El paisaje a veces es africano, con las chumberas coronando linderos, con sus higos de tuna, de piel tachonada de pequeños haces espinosos. Surge la puntiaguda pita y se recorta en el aire la grácil palmera.

¡Cómo cambia el paisaje! Caminamos por la umbría de una ribera con olor a poleo, con adelfas en flor—«dadme una adelfa del Gévorá florido»—, con sus fresnos desperdigados en grupos reducidos. Desagua la ribera en pequeños regatos con los chopos en hileras. Después se calienta la tierra con sus ardientes rastros. Aparece el monte con su tomillo y sus retamas, las retamas cantadas por Francisco Valdés. Son las retamas que se encajan en el paisaje abierto de Extremadura: cortijo blanco de cal, colmenar y columbario, huerto con frutales presumidos, que como encantos femeninos muestran sus frutos lascivos, vanidosos, de variados colores, sus lilas entoldando umbrías avenidas tapiadas de trepadores roales. A lo lejos alternan los barbechos con el trébol. En la ladera de un collado se extiende el retamal: morada de alondras, de perdices en celo, altaneras y bravías, de la arrulladora y enamoradiza tórtola que en penitencia a su viudez bebe el agua turbia de los charcos. Las retamas,—dice Valdés—son un encanto sobre todo en primavera. «Brotaban sus flores de un amarillo anaranjado... Intenso verdor, perfume suave, amargor de sus zahumas, de sus vástigas, de sus raíces rectas, finas, barreneras de la tierra; y cuando el sol de fuego caía de la altura, onduladas por la brisa, era una sinfonía rumbosa de paganismo. ¡Las retamas!»

También hemos contemplado el paisaje serrano de Extremadura con sus riscos y canchales de variados perfiles, equilibristas, recortados en el horizonte o cubiertos de resinosas jaras, de madroñeras, zarzas, cambroneras, charnecas, murta y madreSelva, brezos y tormos.

¿Y el paisaje de la raya portuguesa? ¡Cómo lo ha contemplado Luis Plasencia desde la planicie del río Guadiana! Su mirada partía de la Alcazaba mora o del Fuerte de San Cristóbal, o desde «el cerro del viento». Allí confortó su alma al paisaje, o el paisaje a su alma, a ratos dolorida y cansada. Es la llanura que se pierde leguas y le-

guas «como un mar convertido en tierra», en la infinita lejanía de las sierras de San Pedro, Albuquerque, La Roca y la Azagala; a la derecha aparecen los confines esfumados de la llanura talaverana camino de la Mérida romana. Hacia Poniente se recorta la línea suave y montuosa, en tierras ya de Portugal. Son los crepúsculos de fuego, de rosas y azules, colores glaucos hacia el Atlántico. ¡Son las puestas del sol de los cuadros de mi tío Adelardo!

No quiero profanarlos pintando estos paisajes henchidos de poesía y de historia, que despiertan oscuros pensamientos de eternidad.

He reparado ahora en otros motivos más insignificantes, como la higuera silvestre. No nos atrae su estética, la hemos visto brotar entre peñas y pizarrales que relumbran al sol como espejuelos, en terrenos abruptos alternando con las madroñeras, con las zarzas y lentiscos.

Nos sorprendió verla incrustada en las grietas de la torre del homenaje de un castillo o en las hendiduras de una ruinosa muralla. Era un prodigio verla allí clavada en aquella aridez de piedra y argamasa. Era un milagro de vida. A veces me recordaba el aislamiento del asceta, la huída apesadumbrada de la mísera tierra. Tenía un gesto de abandono y renunciación. Sin embargo, la higuera silvestre perduraba años y años; siempre estaba verde, no parecía llevar una vida canija. El castillo la amparaba. Era una bandera natural. El viento jugueteón y caprichoso había depositado allí, inverosímilmente, la semilla. Después, con el sentido angustioso con que se defiende y conserva la vida, la higuera silvestre había arraigado y para no ser desagravado al amparo del castillo, alardeaba de verdor. Se engrería contemplándose en la altura dominante; miraba con desdén a las plantas humildes y vulgares que viven en la tierra, y su orgullo la hacía vestirse constantemente de verde nuevo, de savia renovada. Le faltaba la humildad del asceta. Se mecía con la brisa; se pavoneaba al viento que la azotaba contra la piedra, como el eremita que caído en vanidad, llegado el arrepentimiento, castiga su cuerpo con los cilicios. Un milagro mantenía su vida en aquella aridez de piedra.

Todos los años, al renovar mi visita a aquel lugar levantaba la vista con angustia, temeroso de que la higuera silvestre hubiera desaparecido arrasada por el viento, marchita por la falta de savia, arrancada por la mano del hombre. Todos los años con regocijo admiraba el esfuerzo de la higuera silvestre por conservar su vida. Es el ejemplo más impresionante del amor que a la vida profesa todo ser. ¡Con qué tesón resistiría la borrasca en invierno! ¡Con qué ahínco clavaría sus raíces en la descarnada piedra para encontrar sustancias nutritivas! ¡Cómo victoriosa, con savia nueva, adornaba la aridez de la piedra con su fresco verdor! Admiraba la higuera silvestre por la osadía de encaramarse a lo más alto del torreón almenado que constantemente, año tras año, iba perdiendo sus aristas y perfiles. La higuera silvestre salía siempre airosa en su anhelo de la lucha por la vida. ¡Qué tesón y qué constancia la de la higuera silvestre! La Naturaleza vencía otra vez al hombre.

No quiero pintar paisajes henchidos de historia y de poesía, he reparado ahora en otros motivos más insignificantes como las nubes, las nubes de Extremadura que galopan, bogando y mirándose con regocijo en las aguas del Guadiana, hacia la raya portuguesa para adentrarse en el Atlántico.

Son nubes de algodón rizado extendidas en volutas y espirales en sentido vertical. Son las nubes que mi tío Adelardo pintaba en sus cuadros, como él las veía, con su temperamento de artista y que algunos críticos de arte desde Madrid no podían ver y creían fruto de su imaginación. ¡Qué lástima que no lo fueran! Son las nubes que Antonio Covarsí, mi abuelo, el montero genial, veía con frecuencia cuando miraba hacia Albalá y Elvas—colada blanca tendida al sol—, en sus cotidianos paseos del atardecer a la cabeza del puente de Guadiana. Son las nubes que yo he visto disolverse en los crepúsculos encendidos de rosas y campanitas, de violetas y azules en la lejanía lusitana. ¡Son las puestas de sol que inmortaliza en sus cuadros Adelardo Covarsí!

Sólo he visto estas nubes en Extremadura, parece que las estructura el agua del Guadiana con la sal del Atlántico y les presta arte y encanto la mirada portuguesa. Son nubes densas, bien henchidas de vapor—con sensación de volumen—que se esfuerzan en remontarse a los cielos y su mismo peso las retuerce, y las hace adoptar figuras de ensueños, fantasmagóricas: caballo blanco de crines blancas encabritado, coletazo de espuma en el aire, monstruo entre dragón y ave de cuentos de hadas, tirabuzón sedoso de una peluca dieciochesca.

No me recuerdan estas nubes la imagen del tiempo azoriniana. No es un ver pasar, ni un ver volver. Es la imagen del esfuerzo y de la acción. Es caminar hacia arriba. Es un torbellino de deseos que brota y se empeña en la subida. Es una imagen de dinamismo interno. Es esforzarse en la ascensión coronada de promesas. Son las nubes de los cuadros de Adelardo Covarsí.

E. SEGURA COVARSI

Madrid, 31 de Agosto, 1951.

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

LA SIEMBRA

Sabes que yo era un pecho desgajado
cuando llegaste tú portando ramas
de ternura, de amor, de vida en llamas,
sembradora en mi yermo desolado.

Hoy, árbol violento, enamorado,
verdeciendo en la luz que tú derramas,
te voy queriendo en todo cuanto amas
por las ramas de amor que tú me has dado.

En cada esqueje nuevo, en cada brote,
hay el ímpetu joven de una flecha
que puede enamorar sin que se note.

Soy la fértil, la cálida cosecha
de esa siembra de amor que tú vertiste
sobre mi corazón, reseco y triste.

JUAN EMILIO ARAGONES